

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Uno idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuacion de todas estas obras.

UNA NOCHE EN CASTEL-BRUNO.

NARRACION HISTÓRICA.

Yendo de Nápoles á Florencia, me detuve algunos dias en Terni, para ver las famosas cascadas de aquel país encantador, y las ruinas de los templos antiguos de que están cubiertas aquellas cercanías.

Me habían dado una carta de recomendacion para el marqués de Castel-Bruno, que residía generalmente en un castillo del que había tomado su nombre, y que estaba situado en uno de los parages mas inaccesibles de los Apeninos. Deseoso de explorar un país tan notable por sus sitios pintorescos, me aproveché de aquella ocasion para ver al marqués, y me dirigí á Castel-Bruno despues de haberme provisto de armas, precaucion indispensable á causa de los muchos bandidos que infestan los Estados del papa.

Despues de haber atravesado un país cuyo aspecto llenaba mi alma de pensamientos graves y religiosos, llegué, en fin, á la morada del marqués. Era un edificio antiguo que había servido de fortaleza, y estaba rodeado de muros, cuya arquitectura gótica y magníficas proporciones, producian un efecto grandioso en aquellas soledades.

No sé que terror se apoderó de mí cuando me acerqué; el aspecto siniestro de aquella antigua fortaleza había hecho tal impresion en mi alma, que dudé un instante antes de decidirme á entrar. Deseché aquel temor pueril, y llamé á la puerta: se abrió de repente como por un impulso mágico, girando sobre sus enormes goznes, y entré en el umbral. Nadie se presentó, y yo seguí un largo corredor admirado del silencio profundo que reinaba por todas partes. Empezaba á oscurecer, y yo aun estaba solo sin saber que hacer y á donde ir. La casa parecia completamente abandonada, y sin embargo, yo sabía que el marqués vivía en ella. Al fin calculé que hablaría alguna de las estremidades del edificio, y resolví descubrirla. Incierto sobre el camino que debería tomar, entré en el vestibulo. Proseguí mi marcha, y al dar un tiempo el ruido de mis pasos repetirse de una manera monotoná en los ecos de las bóvedas,

Despues de haber atravesado un largo corredor, llegué á un inmenso salon. Las paredes emnegrecidas y cubiertas de antiguos retratos de los dueños del castillo, y los muebles destruidos, estaban en un completo desorden. El ruido de mi llegada hizo huir á las aves nocturnas, á quienes aquella morada desierta servia de abrigo contra las intemperies, y fueron revoloteando á estrellarse contra los vidrios de las altas ventanas.

Llevando en una mano la luz que me alumbraba y en otra mis pistolas, buscaba la puerta por donde debía entrar para seguir mis investigaciones. Sombrias reflexiones como las que podían inspirar un lugar tan fúnebre y silencioso, se apoderaron de mi imaginacion y me obligaron á detenerme algunos momentos.

¿Cuál puede ser, me decía yo á mí mismo, el motivo que induzca al marqués á habitar una mansion tan triste y tan solitaria? ¿Seria él acaso el jefe de esas partidas de bandidos que infestaban la comarca, y se habría retirado allí para evitar las sospechas y la delacion? La mirada inquieta que me dirigió el aldeano á quien pregunté el camino de Castel-Bruno, se me representó entonces con viveza, y este recuerdo no contribuyó poco á aumentar mis sospechas y mi terror.

Hablando así conmigo mismo, oí el ruido de algunos pasos en la habitacion inmediata, me pareció que percibía el murmullo de muchas voces que se acercaban. De repente vi muy claramente que alguno decía:—Debe estar aquí; es preciso que le encontremos.

Huir me era imposible, ó al menos tan peligroso como quedarme; me apoyé contra la pared, resolví á todo trance vender muy cara mi vida, y hacer una vigorosa resistencia.

Una puerta lateral que yo no había visto se abrió entonces y vi entrar á dos criados vestidos

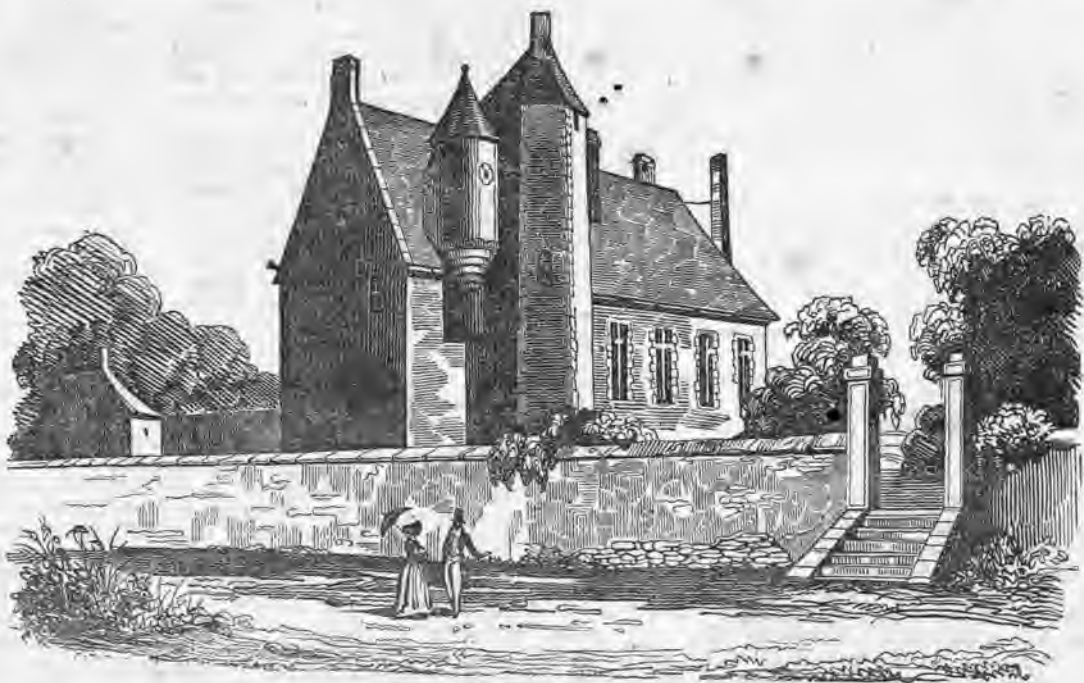
y entonces me ofrecieron conducirme al departamento de su señor. Despues de aquel ofrecimiento, quedé pensativo por algunos instantes. Como no estaba aun completamente asegurado, no sabía que partido tomar. Me admiró la disonancia que reinaba entre el estado de aquella morada, y el lujo que anunciaba el traje de los dos criados.

Seguí al fin á mis interlocutores atravesando numerosos aposentos, vestibulos, salones y galerías, hasta que llegué á otra, á la del edificio completamente nuevo, donde encontré á el marqués en una habitacion moderna y ricamente adornada, rodeado de muchos hombres cuyas fisonomías sombrías me causaron una impresion estraña. Sin embargo, el marqués me recibió con tanta amabilidad y finura que disipó mis primeras dudas y me hizo reprenderme interiormente de mí excesiva desconfianza.

Pasamos la noche agradablemente, y cuando llegó la hora de acostarnos, el marqués se disculpó de no poderme hospedar en una habitacion tan buena como deseaba, porque todos los aposentos estaban ocupados por sus infinitos huéspedes. Díjele que no se ocupase de una cosa tan insignificante, y despues de haber saludado á todo el concurso, seguí al criado que debía conducirme á mi habitacion.

Cuando me hubo dejado solo, miré á mi alrededor: mi aposento estaba en un completo abandono. Las ventanas desencajadas parecia que iban á caerse al menor soplo del viento. Las sillas y las mesas llevaban consigo testimonios infalibles de la actividad destructora de los ratones. Las colgaduras estaban hechas pedazos y habían perdido el color, que habría sido verde en otro tiempo; todo, en fin, revelaba allí la antigüedad y el abandono.

Despues de haberme asegurado que estaba



con magníficas libreas que llevaban ricas hechas de cera. Alarmáronse al ver la actitud amenazadora que yo había tomado, y me dirigieron algunas preguntas sobre el objeto de mi visita. Díje mi nombre y lo que me había llevado allí,

solo, cerré la puerta, apagué la luz y me acosté sobre mi lecho, donde bien pronto quedé sumergido en el mas profundo sueño.

A media noche me despertó de repente un ruido asombroso que me hizo creer que el edi-

ficio se venia al suelo. Era una tormenta de las que con tanta frecuencia hay en aquellas elevadas regiones, y de cuyo estruendo no se puede formar una idea si no se ha viajado por ellas.

Todos los elementos parecían trastornados; la lluvia chocaba contra los vidrios de mis ventanas, el viento las movía con violencia, y los relámpagos que se sucedían sin intermisión, llegaban hasta mi lecho por las rendijas y agujeros de las ventanas. Oía el ruido del trueno repetido por el eco de montaña en montaña, que asemejaba al lúgubre y solemne anuncio del último día de la creación.

Una ráfaga de viento abrió entonces de pronto mi ventana; me levanté para cerrarla, y con mucha admiración mía descubrí mucha claridad en un lado del castillo. Mirando con mas atención, quedé sorprendido por un espectáculo que me llenó de horror. Descubrí en una enorme sala una porción de personas sentadas alrededor de una mesa cubierta con un paño negro, sobre la cual había muchos pañales; y la persona que parecía presidir aquella reunión fúnebre y misteriosa, era el mismo marqués. Por sus vivos ademanes, conocí que hablaba con mucha vehemencia; pero la distancia me impedía oír sus palabras.

MI sangre se heló en las venas, y quedé por algunos momentos como si hubiese recibido un golpe mortal. Me hallaba sin duda entre una cuadrilla de bandidos, y tal vez deliberaban, inquietos por mi inesperada visita, si deberían darme la muerte para asegurar el secreto. Creí que al menos el marqués quería defenderme, y robaba violar las leyes de la hospitalidad cometiendo un asesinato.

Luego que se calmó el primer movimiento de terror, quedé menos agitado y me resigné con mi suerte, cualquiera que fuese. Vestíme lo mejor que pude en aquella oscuridad, tomé mis pistolas, y sentándome en un sillón esperé el resultado de aquella misteriosa aventura.

En la cruel situación en que me hallaba con el espíritu agitado por tristes pensamientos, vagando entre el temor y la esperanza, la vida y la muerte, vi rayar los primeros albos del día, y poco después el reloj sonó las seis. El criado que me había acompañado por la noche entró para vestirme: yo no lo necesitaba ya, pero manifesté deseo de salir temprano para recorrer los alrededores del castillo, y al efecto le mandé ensillar mi caballo.

Cuando me hallé fuera de los muros del edificio, di gracias á la Providencia cuya protección me había salvado de tantos peligros, y sin perder tiempo tomé el camino de Terni.

Creí que sería tan imprudente como peligroso hacer pública mi aventura antes de hallarme en sitio seguro, y por lo tanto fui en derecho á Roma, libre ya de mis inquietudes, me felicitaba de no haber sido víctima de los asesinos que me habían tenido en su poder durante toda una noche.

Algun tiempo después, estando en un café, recorría un diario, y las primeras líneas que lei me hicieron ver que el marqués de Castelbruno acababa de ser denunciado y preso como uno de los principales jefes de los carbonarios.

UN VIAGERO.

ADELA Y ELOISA.

Algunos años después de su viudez habíase retirado el barón de Villanueva á una magnífica casa de campo situada en el territorio de Andalucía; allí vivía retirado del mundo, y concentrando todo su cariño en dos preciosas hijas que le recordaban sin cesar á una esposa adorada y arrebatada á la existencia en la flor de sus días.

Estas dos niñas, llamadas Adela y Eloisa, eran hermanas gemelas; y á la verdad nada mas lindo que aquellas dos criaturas, tan semejantes entre sí que pudieran pasar por una sola: nada mas gracioso que verlas siempre juntas, siempre amándose y protegiéndose, como dos tiernos arbustos que entrelazando sus ramas, parece que se ayudan á crecer y que se prestan apoyo mutuamente.

No obstante esta perfecta semejanza en lo que toca á sus personas, los caracteres de Eloisa y de Adela eran marcadamente distintos. Adela era viva, petulante y atolondrada. Eloisa era dulce, pensativa y á veces demasiado grave. Adela buscaba con ardor los gozos de su edad, y disfrutaba de ellos sin que nada fuese bastante á distraerla. Eloisa no gozaba sino cuando parlaba sus satisfacciones con las personas que la rodeaban, y siempre se manifestaba dispuesta á sacrificar en obsequio de ellas sus inclinaciones y sus deseos. Nadie se admiraba de ver á Adela esponiéndose á los mayores peligros; pero era asombroso ver á Eloisa, tan tímida y delicada, arrostrarlos con ella; y es que Eloisa no podía jamás abandonar á su hermana, y velaba sobre ella sin cesar con todo el interés y la solicitud de una madre.

Durante su niñez compartían ambas sus diversiones y sus juegos con Eduardo, joven como ellas, y además hermano y sobrino del barón. Adela y Eduardo corrían y jugaban con ese inocente abandono tan propio de la edad primera, mientras que la otra niña, la dulce y graciosa Eloisa, los seguía con una mirada tímida é inquieta, los llamaba á cada instante á su lado, y los dominaba á fuerza de cariño y de bondades.

Así pasaron rápidamente los días de la infancia, al cabo de los cuales hubo de marchar Eduardo á Madrid á concluir sus estudios. Dedicóse á la carrera de leyes, sufrió sus exámenes y se recibió por último de abogado, título que abre á los jóvenes una noble y brillante carrera, y les da al mismo tiempo una categoría honrosa en el caso de que siendo ricos, no quieran ejercer aquella profesion esclavizada. Una vez fijada su suerte, Eduardo se restituyó de nuevo al lado de su tío, pero esta virtuosa familia acababa de experimentar en aquellos días una horrible desgracia. El barón había perdido enteramente la vista.

Desde entonces la cariñosa Eloisa, fiel é inseparable compañera de su padre, no lo abandonaba un momento siquiera. Sentada constantemente á su lado, procuraba variar sus distracciones y hacerle olvidar sus acerbos pesares, ya leyendole las obras que mas le agradaban, ya cantándole lindos romances, ya ejecutando brillantes piezas en el piano. Otras veces sosteniéndolo y guiándolo, cual nueva Antígona, lo llevaba á pasear por el campo, y le describía el panorama que se ofrecía á su vista con tanta verdad, tan sentidas espresiones y tan indelible encanto, que el barón olvidaba entonces su triste estado, y creía ver con los ojos de su hija.

Quizá una ráfaga de tristeza anublaba la frente del anciano cuando pensaba en la abnegación con que la pobre niña renunciaba á todos los placeres de su edad por consagrarse á su cuidado y asistencia; pero si trataba de hacerse entender á su hija, Eloisa le ponía cariñosamente la mano en la boca, y le decía:

—¡Cállate por Dios, padre mio: no querás privarme de la única felicidad que poseo. ¿Sabéis por ventura que soy ya ahora mucho mas dichosa que antes? Porque entonces, siempre que yo quería estar á vuestro lado y entraba en el gabinete, me despedíais severamente diciéndome: anda con Dios, niña; tengo mucho que trabajar.

—Es verdad, hija mia: tomaba ese pretexto para que fueses á correr y á divertirte, porque temía que una continua reclusión pudiera perjudicar á tu salud.

—Pues sólo conseguí por ese medio entristecerme; pero ahora os veis precisado á tenerme siempre junto á vos: ¡oh, sí... siempre! Si supierais cuán orgullosa estoy con eso! Es una especie de egoísmo, padre mio, el que siento al veros confiado á mí enteramente, sin temer que me alejéis de vos ni me despidáis nunca: y si no pudieseris, bendeciría al cielo por una desgracia que me permite devolveros todos los cuidados que me habéis prodigado en la niñez.

—¡Hija mia! exclamó el barón estrechando á Eloisa contra su corazón, mientras que una lágrima de ternura y de reconocimiento se deslizaba de sus ojos cerrados para la luz. ¡Oh! ciertamente que no debo quejarme de mi suerte, porque Dios me ha bendecido dándome una hija como tú.

Adela hacía continuos propósitos de ayudar á su hermana en los cuidados que tributaba á su anciano padre. Todos los días se acercaba al ba-

ron; pero no podía pasar una hora á su lado sin fastidiarse ni aburrirse. Un rayo de sol que penetrase en el interior de la habitación le hacía sentir los mas vivos deseos de salir de ella. Entonces se acercaba á la ventana y lanzaba un profundo suspiro. El barón, que conocía la causa de este suspiro, la decía al instante:

—Vete, Adela, hija mia: vete á dar un paseo por el parque; el aire te hará provecho.

—Sí, padre mio, voy á salir, pero vuelvo al instante.

Y el pobre ciego dejaba asomar á sus labios una sonrisa melancólica, porque sabía que Adela no había de volver á su lado.

A su llegada al castillo, encontró Eduardo muy lindas y graciosas á sus primas. Era ya un propósito y un deseo alimentado de tiempo atrás en su alma, el de que una de aquellas hermosas niñas fuese la compañera de su vida. Tales habían sido los últimos votos de su difunta madre, y Eduardo vacilaba únicamente por la dificultad de una elección para él tan dudosa: ambas eran bellas, y al mismo tiempo tan semejantes una á otra, que sus graciosos cuerpos, el aire de sus cabezas, el sonido dulce y agradable de su voz, todo era capaz de hacerlas confundir una con otra y de hacer vacilar al que tratase de escoger entre ellas.

Es innegable que el carácter de Adela guardaba mas analogía con el de Eduardo que el de su hermana Eloisa. Eduardo amaba el mundo, sus placeres y sus encantos; y Adela participaba de estas mismas afecciones. Pero Eduardo admiraba al mismo tiempo la amabilidad y la inagotable dulzura de Eloisa. Al verla continuamente sacrificada al cuidado de su padre y privada por él de todos sus recreos y diversiones, no podía menos de decir para sí mismo: esa niña comprende la verdadera felicidad, y siendo tan buena hija, no podrá menos de ser una excelente madre y una esposa adorable. Formando entonces decididamente su proyecto, se presentó una mañana al barón y le pidió la mano de Eloisa.

El infeliz anciano no pudo menos de estremecerse al oír la petición de Eduardo. Pero repuesto en el instante de su emoción y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo le respondió con voz dulce y tranquila. «Ya pensaba yo, querido Eduardo, que algun día tendría el gusto de llamarte mi hijo.»

En este momento entraba Eloisa en su cuarto y el barón le entró de la conversacion que acababa de tener con Eduardo.

—Padre mio, yo no podré abandonaros jamás, respondió Eloisa toda trémula y confusa.

—También yo, querida prima mia, le dijo entonces Eduardo, prometo á mi tío que permaneceremos siempre á su lado y que no saldremos de aquí, á menos que no consienta en seguirnos.

—Si así es, repuso Eloisa alargando su mano á Eduardo, consiento en esta union, y mi vida entera se consagrará á la felicidad de mi padre y de mi esposo. Todo continuará como hasta aquí, padre mio, añadió besándole la frente con indecible emoción de ternura.

Para apresurar el cumplimiento de su dicha, Eduardo mandó disponer con toda urgencia los preparativos de su boda. Eloisa se sentía entonces satisfecha y orgullosa; pero veía en medio de su dicha que no reinaba en torno suyo sino la tristeza y el silencio; y aquel corazón tan afectoso y comunicativo vió entonces anublarse la felicidad de toda su vida.

Adela antes tan alegre y risueña, permanecía horas enteras sumergida en la melancolía mas profunda, y de cuando en cuando veía deslizar de sus ojos una lágrima ardiente, que en vano procuraba ocultar á todo el mundo. Eduardo la observaba algunos instantes, y se encontraba después confuso y embarazoso, porque aquello le revelaba bien á las claras los sentimientos de su hermosa prima. A todo esto, el barón estaba triste y desconsolado por mas que procurase disimular su tristeza siempre que Eloisa se acercaba á prodigarle sus cuidados y sus cariños.

—¡Dios mio! dijo entonces para sí la bondadosa Eloisa: ¿soy yo quizá la causa de esta tristeza y la que ha de causar la desgracia de mi padre y de mi hermana? ¡Oh! yo descubriré bien pronto lo que encierra este misterio.

Observando con cuidado á Adela, Eloisa pudo conocer al poco tiempo que su hermana había

concebido esperanzas de casarse con Eduardo. Respecto de su padre puso en juego una inocente superchería para descubrir por medio de ella cuales eran sus sentimientos respecto al proyectado matrimonio.

La voz de las dos hermanas tenía un timbre enteramente igual, como antes dijimos. Una mañana en ocasión que se acercaba Eloisa á su padre, cuyo oído no se engañaba jamás cuando sentía acercarse á su hija, le dijo este con voz tierna y cariñosa: ¡Oh! eres tú, Eloisa mía: ¡cuánta satisfacción me cabe en tenerte á mi lado!

—Padre mío, replicó la niña con voz confusa y con la humildad propia de la mentira, no soy Eloisa, sino Adela.

—Es verdad, dijo el pobre ciego con aire de tristeza: Eloisa comienza sin duda á olvidarse de mí, pero no es extraño: tiene ahora otros cuidados y le esperan días mejores y más alegres. ¡Sea en buen hora, con tal que se encuentre feliz! Desde hoy en adelante, hija mía, ya no podré contar sino contigo.

—Padre mío... Eloisa no os abandonará jamás.

—Así lo crees tú, Adela; pero yo conozco el carácter de Eduardo, y sé muy bien que no se conformará á pasar su vida en esta triste y solitaria quinta: querrá disfrutar en Madrid de su buena fortuna, y se fastidiará de estar siempre al lado de un anciano ciego y enfermizo. Eso es muy natural: Eloisa le seguirá, porque esos son sus deberes, y yo me quedaré solo y abandonado á mi ceguera y mi tristeza.

—Padre mío, yo estaré siempre á vuestro lado.

—Perdona, Adela mía, si te confieso que es muy difícil reemplazar á Eloisa. Ella poseía el arte de distraerme y de hacerme olvidar que había perdido la vista. Cuando estaba á mi lado, se me antojaba que veía. Perdóname otra vez, hija mía. Yo te aseguro que no te amo menos que á ella; pero el carácter y las inclinaciones de Eloisa estaban más en contacto con las mías: Eloisa se hacía vieja para acercarse á mí. Tú no sabes, Adela, cuán trabajosa es la carga que aceptas. ¡Quién sabe si sucumbirás bajo su peso!

—Padre mío!

—Sí; tú eres buena: tú harás porque yo sea menos desgraciado; pero habrás de padecer mucho. Será preciso que violentes á cada instante tus inclinaciones y tu carácter naturalmente alegre: yo no podré menos de conocerla, y esto me hará la vida insostenible. Por el contrario, Eloisa no parecía hacer en ella sacrificio alguno... Yo había llegado á creer... y me engañé, lo confieso... que el amor filial era para ella antes que todo en el mundo: había soñado que no me abandonaría jamás, y bendecía á Dios por tan grandes beneficios. Era demasiado egoísta, y Dios me ha castigado. Perdóname, hija mía, yo te amo entrañablemente, pero el separarme de Eloisa me causa un dolor profundo que acortará los días de mi vida.

La pobre Eloisa, arrodillada delante de su padre y bañados sus ojos en lágrimas que procuraba en vano retener, leía así la amargura que destrozaba el dolorido corazón del anciano. Pocos momentos después se levantó pálida y temblorosa, dirigiendo sus pasos hacia la estremidad del parque, donde se elevaba una pequeña capilla: entró en ella, se postró ante la santa imagen de la Virgen, y alzando hacia la Divina Señora sus ojos bañados en llanto, le dirigió estas sentidas palabras:

«Inspiradme, Virgen mía, en estos momentos de tribulación y de dolor: si yo no escuchara más que la voz de mi corazón, este matrimonio debería verificarse: él haría mi felicidad y haría también la felicidad de Eduardo, porque me ama... Pero, ¿y mi padre? ¿y mi hermana? ¿He de labrar yo por ventura la desdicha de entrambos?»

A los diez y nueve años es muy débil la fuerza moral del individuo para resistir á los sufrimientos del corazón. Eloisa dejó correr abundantes lágrimas; y cubriendo después su rostro con ambas manos, permaneció largo rato en la meditación y en el silencio. Levantose después pálida y abatida; pero la calma había vuelto á su corazón, y entonces tomó más despacio el camino de la quinta.

A su llegada la dijo un criado que su padre había preguntado dos veces por ella.

—Id á decir á mi padre que le suplico tenga

la bondad de aguardarme algunos instantes, que tardaré en volver á su lado.

Eduardo entraba en aquel instante en la habitación de Eloisa.

—Primo mío, le dijo esta sentándose á su lado; hace ya algunos días que he debido hablarle de un asunto importante, y al fin me resuelvo á hacerlo ahora. He reflexionado muy detenidamente sobre nuestro enlace, y creo que no harás tu felicidad aliándome por compañera.

—¿Qué quieres decir, prima mía? repuso Eduardo asombrado al ver aquella repentina mudanza.

—Que nuestros caracteres son enteramente distintos, y nuestras inclinaciones diversas. Tú amas el mundo, y yo le temo: tú corres tras de los placeres, mientras á mí me es tan grata la soledad. Por eso creo que la felicidad que buscas cerca de mí, la hallarás al lado de Adela. Ella te ama, y como vuestros gustos son tan conformes, serás más dichoso con ella.

—Adela me ama? repuso Eduardo algo turbado.

—Estoy completamente segura de ello. Y por lo que á mí toca, consultando mi corazón, confieso que no he hallado en él para ti sino la tierna amistad de una hermana. En fin, he conocido que el cariño que profeso á mi padre iba á rolarame una parte del que debo á mi esposo, y he creído que debía renunciar á este matrimonio.

Eloisa pronunciaba estas palabras con un doloroso esfuerzo de su alma; pero de tal suerte había aprendido á dominarse, que su rostro no reveló el menor indicio de lo que pasaba en su corazón. Eduardo sorprendido, mas aun, resentido de la fidelidad que le manifestaba su prima, creyó que estaba en su dignidad no empeñarse en hacerla variar de propósito. Por otra parte, al saber que Adela lo amaba, sintió despertarse en él las simpatías que siempre lo habían inclinado hacia ella.

—Ven, hermana mía, dijo Eloisa con una dulce sonrisa, adelantándose hacia Adela que entraba: mi primo y yo nos hemos explicado, y habiéndole yo manifestado mi propósito de no casarme, me ha confesado por su parte que tu carácter era aun más adecuado al suyo, y que sería su mayor felicidad el que tú consiguieras en ser su esposa.

—Adela se turbó de tal modo al oír á su hermana, que no pudo disimular la alegría que la causaba aquella proposición inesperada. Eloisa, al verla tan feliz, comprendió que el sacrificio que acababa de imponerla iba á serle menos doloroso.

—Pero, ¿y mi padre? dijo con timidez Adela.

—Yo me encargo de hacerlo consentir, repuso Eloisa, y voy á arreglarlo todo en un momento.

En efecto, la animosa niña se dirigió en seguida á la habitación de su padre. Durante la travesía enjugó furtivamente sus lágrimas, haciendo firme propósito de que aquellas fuesen las últimas, y compuso su semblante del mismo modo que si su padre pudiese verla.

—¿Quién está ahí? dijo con tono impaciente el barón. ¿No habrás de dejarme solo un instante?

—Soy yo, padre mío: es Eloisa, dijo la niña con voz risueña.

—¡Ah! eres tú; dijo el anciano, cuyo semblante no demostró en esta ocasión el menor indicio de gozo.

—Sí, dijo la niña sentándose en un taburete; y cogiendo la mano de su padre le llevó cariñosamente á sus labios, pero sintió que su padre la retiraba. ¡Me quitais la mano, padre mío? continuó Eloisa: ¿es que ya no me amais? ¿qué estás ofendido porque os he dejado solo tanto tiempo? Pero habéis de saber que he estado toda la mañana seriamente ocupada.

—Yo no te recanvengo, dijo con tristeza el barón, porque conozco que vas á tener otros deberes, y es menester que yo me vaya acostumbrando.

—¿A la soledad, á la tristeza, al tedio? no, padre mío, no. En tanto que Eloisa viva y que vos la améis, no conoceréis la tristeza y el dolor. Si hoy he estado tan ocupada, es porque desde esta mañana he desbecho una boda y he hecho otra.

—¿Qué estás diciendo, hija mía?

—Que no me he sentido con bastante valor para abandonaros; que una voz interior me decía que mi misión sobre la tierra era vivir para vos, mi buen padre: que he asegurado la dicha de mi

hermana uniéndola con Eduardo, y la mía consagrándome enteramente á vos.

—¡Eloisa! ¡hija mía! exclamó entonces el anciano, cogiendo en sus manos trémulas la cabeza de su hija para besarle la frente. ¡Oh! ¡pero eso es imposible! ¡tú me engañas sin duda! ¡tú te sacrificas por mí! ¡Aquel enlace iba á hacer quizá tu felicidad!

—¡Me hubiera hecho desgraciada, si hubiera sido preciso separarme de vos!

Nada es bastante á describir la emoción del pobre ciego, que poco antes había creído perder á su ángel tutelar. Quince días después se celebraba la boda de Eduardo y Adela... Nadie comprendió jamás el sacrificio que Eloisa acababa de hacer en obsequio á la felicidad de su hermana y de su padre.

Los jóvenes esposos no tardaron en salir para Madrid, á donde los llamaba su natural inclinación y el deseo de disfrutar las dulzuras de la vida. Eloisa se quedó entonces sola en la quinta, y aunque sufrió mucho al principio, los cuidados que tenía que consagrar á su padre y los esfuerzos que hizo porque nadie sospechase lo que había pasado en el fondo de su alma, la ayudaron á vencerse á sí misma. La inefable ternura y el reconocimiento de su padre la consolaron bien pronto. Dos años han pasado ya sobre aquellos sucesos, y en la actualidad se cree venturosa consagrándose al cumplimiento de sus piadosos deberes.

EL ESTORNUDO.

A causa, amables lectoras, de un fuerte constipado adquirido paseando en el Prado á la hora de costumbre... es decir, á las nueve de la noche, poco más ó menos, como hoy la pluma con el único y exclusivo objeto de ponerlos al corriente de las infinitas observaciones que durante mi constipado hice con relación á un cierto sacerdotillo que llamamos en castellano el *estornudo*.

Festudioso con el incansable *ha... ha... chus... ha... ha... chus...* de mi indisposición, al cual confesaba con lo de costumbre mi patrona, cada vez que yo ejecutaba aquel movimiento extraño y particular, no pude menos, con el pañuelo en las narices y la mano en la frente, de trabajar mi memoria para buscar la causa de ese hábito de nombrar á *Jesus* cuando se *estornuda*, y parando mi consideración en la historia, quedé sorprendido extraordinariamente, al observar que también la historia se había ocupado de los *estornudos*.

¡Oh! no creáis, queridísimas lectoras, que me chanco con vuestra credulidad; recuerdo demasiado todavía aquella fatal noche de mis dolencias y de mis observaciones; aquella fatal noche en la que no hice más que *estornudar*, para que tratara de chamucarme: oíd, pues, oíd.

Erase una época muy lejana, muy lejana; allá por los siglos en que florecía el padre de la Iglesia, San Gregorio el Grande, cuando, según nos refiere Sigonio en su historia de Italia, una famosa *peste* (como si dijéramos cólera), invadió la mayor parte de Europa; pero con la diferencia muy notable de que, así como la enfermedad asiática reinante entra con dolores de vientre, vómitos y calambres, aquella entraba (con qué diréis? con un grandísimo *estornudo*, que regularmente llevaba, *¡no factó!* al otro mundo).

Como es fácil de suponer, se trataba de buscar, así como últimamente los *mastranzos*, algunas otras medicinas para evitar ese *estornudo* que conducía derecho á la esterilidad.

Dícese que entre esas particulares medicinas adoptadas, unos frailes encontraron la más eficaz de todas ellas, que era la de decir *Jesus* cuando se *estornudaba*, consiguiendo de este modo no morir, que seguramente para entonces era bastante conseguir. No sucede ahora lo mismo con la *menta acuatíca*, ni con todas las recetas de los mejores farmacólogos.

He aquí ya el origen de la palabra que ha venido repitiéndose de padres á hijos hasta el día en que mi patrona tantas veces la pronuncia cuando yo tiene la humorada de *estornudar*.

Y no se crea que algunos otros autores dejarán llevar á más remotos tiempos el origen de

esa religiosa palabra, pues que mucho antes de la época expresada, según nos manifiesta Rhodino, una mujer ya había dicho *Jesus* al oír *estornudar*.

Plinio, entre sus problemas, pone el siguiente: *¿Cur stornutantes salubentur?* Y ocupándose luego del emperador Tiberio Augusto, asegura que jamás faltó á esta singular costumbre de decir *Jesus* cuando se *estornudaba*; por más que Tiberio, según Plinio, no se preciaba mucho de la urbanidad y de la educación.

¿Pero ¿deseáis ir mas lejos? pues ahí tenéis á Petronio, quien nos manifiesta con toda la gravedad y seriedad de un sabio, que Gíton *estornudó* tres veces, y tan fuertemente, que necesitando sostener el centro de gravedad y no caer, dió tres golpes con el bastón en el suelo, á cuyo ruido Eumolpo, que le trajo por señal, mandó que todos saludasen reverentemente á Gíton.

Léase á Apuleyo, y se verá que en una notable retirada mandada por Pívo el Joven, *estornudó* un soldado, y todo el ejército en masa, invocó á Júpiter libertador. El célebre Plutarco asegura que antes de aquella gran batalla contra Jerges, sacrificando Tomistocles en su bagel, vio que junto al altar y á su derecha *estornudó* un asistente al sacrificio, lo cual visto por el augur Eufantides predijo la derrota del ejército persa: lo que confirma la observación hecha por Rústico en sus Comentarios sobre Homero, de que el *estornudar* á derecha era entonces un signo favorable, mas no el verificarlo á la izquierda.

Para los inteligentes rabínicos, el *estornudar* fué siempre un pronóstico de muerte desde el padre Adán hasta el padre Jacob, quien por gracia especial obtuvo de Dios la cesación de semejante peligro, viniendo desde aquí la costumbre de saludar cuando se *estornuda* deseando salud y felicidades.

Dejando de presentar otros muchos ejemplos históricos que nos patentizan el origen remoto de una costumbre que todavía en bastantes puntos y entre ciertas clases se observa, entremos de lleno en la actual época discutiendo y pensando un poco sobre la importancia del *estornudo*, que no es seguramente pequeña, como vamos á manifestar.

Sin contar con el placer que á los primeros *estornudos* se siente al descargar nuestra frente de un peso incómodo, debemos confesar todos que el *estornudo* es un sacudimiento del cerebro, que al mismo tiempo que lanza fuera de él humores estancados y mal sanos; evita, según el padre de la medicina, el sin par Hipócrates, el que nos vemos atacados de algunas enfermedades. Escusado es decir que han ido algunos tan allá en el abuso de este placer instantáneo, que siendo ya impotentes por naturaleza para poder *estornudar* cuando se les antoja, se han valido de excitantes fuertes y poderosos, al efecto de conseguir su deseo. ¡Diganlo sino las viejas y los viejos, las beatas y los frailes, cuando los habla! ¡Quién que no haya tomado un polvo podrá saber apreciar las delicias del rapé y de la flor baja! ¡Oh amables lectoras! la *caja* de las beatas, el *cachumbo* de las viejas y las *hondas manyas* de los frailes, han ocasionado agradables escenas, producido momentos deliciosos y magníficos, desconocidos por los que somos todavía profanos al polvo de rapé. Contentémonos nosotros con *estornudar* cuando la naturaleza, según Hipócrates, tenga que lanzar malos humores, y que esto nos baste y sobre: pidámos, sin embargo á Dios, el que no nos dé *estornudos* intempestivos, porque falsos *estornudos* son de malísimo efecto en ciertas y determinadas ocasiones de vida.

Digalo sino aquel famoso y noble orador, que subiendo á la tribuna, lleno el bolsillo de números, provisto de guarismos la cabeza y con una imaginación exaltada mas por el bien de la patria que por el suyo propio, tiene el proyecto de reformar nuestro sistema tributario, aceptando el mejor plan económico de cuantos pudieran desearse. En la noche anterior no había dormido pensando en el discurso que, según él, le había de conducir hasta la popularidad. Cual general práctico y precavido, que antes de entrar en batalla pasa revista á sus tropas, así pasa él una y mil veces revista á aquellas oraciones de mejor efecto, á aquellos períodos redondeados y cadenciosos provisto de un borrador bien compuesto y acabado.

Principia al día siguiente su discurso con el tono mas trágico: la reunión le oye con religioso y sepulcral silencio: invoca á su memoria y las palabras se apresuran á obedecerle: los concurrentes aplauden, y el orador brilla... Mas ¡oh desgraciada fatalidad! un *estornudo* le retaza por el cerebro; una pequeña incomodidad en la nariz le hace detener su fogosa peroración; un cosquilleo desagradable preludia un gran sacudimiento de la *pituitaria*, que se sigue repentinamente de un *ha... chus... ha... chus...* estrepitoso y extraordinario, que descomponiendo al orador, corta los hilos de su discurso, pone en interregno las partes, no siendo posible dar ya con la palabra, con la oración, con la idea que venía á los labios, porque aquella se ha escapado. Principian los murmullos; el orador se afana, y rebusca por todas partes aquello que perdió, pero nada, absolutamente nada encuentra; las palabras huyeron, el mejor de los planes económicos se ha hundido, y el espresado orador baja de la tribuna para poder solo decir á sus compañeros: *Señores, me he constipado*. Vamos á otro ejemplo. La literatura, la poesía es el mas bello de los jardines de la ciencia.

Figúraos, pues, á un joven poeta, entregado completamente á la idealidad; su alma creadora en acción; su laboratorio intelectual en movimiento. Supongámosle trasladado ya al famoso jardín de las Hespérides, ya al Pindo ó al Parnaso, donde se divertía en retozar con las musas que se le presenten juguetonas, festivas y coquetas. Mas ¡ay! que habiéndose dejado un poco abierto el balcón de su vivienda, una ráfaga de fresco aire ha *resfriado* su cerebro, ha *constipado* su acalorada cabeza. Su *ha... chus... ha... chus... hu... chus...* tres veces repetida, ha bastado para desconcertarle. Adios, musas del Olimpo; adios, ninfas del Parnaso; huid, huid, porque vuestro protegido no es ya el mismo; es un hombre *constipado*, es un mortal que necesita dejarse por algún tiempo, para poderse llevar el pañuelo á las narices.

Para el amor no hay enemigo peor ni mas intempestivo que el *estornudo*; lo mismo para el amor de las coquetas, que para el de los románticos y elegantes seductores.

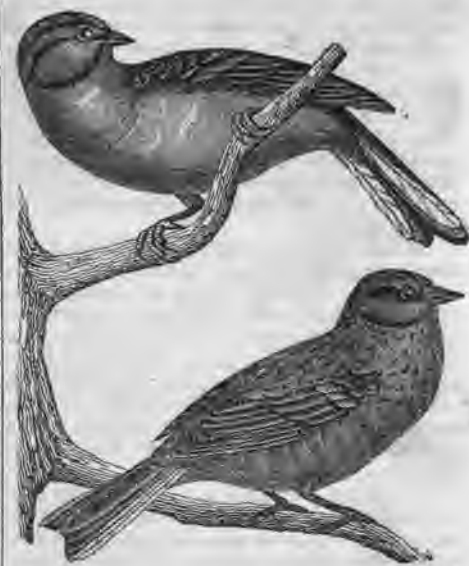
Suponed que una joven candorosa (nada quiero con las coquetas) simpática, esbelta y graciosa como la que mas, recibe en uno de esos momentos de apreciable soledad al idolo de su pensamiento, al alma de su alma. Sus miradas se cruzan; los dardos de un mútuo amor se disparan; las distancias se estrechan; un suspiro embriagador se oye, un *te amo* se presume oír, mas ¡oh desgracia de las desgracias! un sonoro *ha... chus... ha... chus... ha... chus...* tres veces repetido, y disparado por el galante caballero, contra la dama de sus ilusiones y de su dicha, ha distraído todas las bellezas y poesía de esta escena, colocando al misero mortal en la verdadera pequeñez de su ser. El amor ha dejado el terreno que vuelve á ocupar otra vez la conversación de la fria sociedad. Paciencia, enamorados jóvenes: cuidad de no *constiparos*, y esperad mejores tiempos. Pero donde el *estornudo* ejerce todo su colosal poder é influencia es en las ocasiones mas solemnes y graves, en aquellas ocasiones en que congratulándose de ponernos en ridículo cuando menos lo esperamos, es un alevoso enemigo que nos hiere por la espalda, atentando muchas veces contra nuestro porvenir. Digalo, sino, mi íntimo amigo D. F. de F., aspirante á un empleo en el ministerio de Estado. Tenia que ver y hablar á S. E. Cuatro dias enteros y consecutivos se llevó en arreglar el traje de ceremonia. Nada mas pálido, nada mas romántico y ascado que mi joven amigo cuando este se ocupaba en pasear por la antecala del ministerio esperando que le diesen audiencia. «Aguarda á vd. su excelencia,» dijo una voz de falsete entre hablando ó profiriendo, y mi hombre se dispuso para la presentación que iba á tener lugar. Un grande espejo que habia al lado de la puerta del despacho, sirvió á mi amigo para arreglar, en lo posible, el *ángulo facial*. Estaba *in actu presentationis*, pone los ojos sentimentales é interesantes; saca el pecho, sune el vientre, pronuncia el envés, y haciendo mas ademanes que un *sangley*, y mas cumplimientos que un *chino*, preparase con voz meliflua para decir la primera palabra de su petición. Pero ¡oh fatalidad de las fatalidades! un

indiscreto *estornudo* desorienta al aspirante haciéndole perder su última posición académica y su aspecto de interés y de propia recomendación. S. E. ha recibido á quemaropa, una descarga horrible que ha inflamado su cólera (pero la cólera de los ministros, es mas premiante que el cólera morbo asiático) y la infelicidad de mi pobre amigo está ya decretada. Nada bastó para ganar el terreno perdido: el ministro se mostró insensible para no mostrarse enfadado, y la solicitud salió negada. Preciso es, pues, confesar que el *estornudo* ejerce un poderoso influjo en la marcha de nuestra vida, cuanto que en muchas ocasiones no perdonaríamos las oportunidades que se nos presentan y que este fatal enemigo nos arrebatara. Si yo fuese fatalista, casi me atrevería á asegurarnos ser preciso llevar minuciosa cuenta de las veces y épocas en que uno *estornuda*, porque recuerdo perfectamente el daño que en varios tiempos recibí á causa de un *estornudo* intempestivo.—S. DE LA F. A.

HISTORIA NATURAL.

EL VERDERON.

Son muy comunes en los países meridionales, aunque se encuentran poquitos en muchas provincias de Francia. Véesele unas veces encaramado, otras corriendo por tierra, sobre todo en los campos recién labrados, en donde encuentra simientes, gusanillos y otros insectos, por cuyo motivo casi siempre tiene el pico terroso. Caer fácilmente en todos los lazos; y cuando se acoge á las varetas de liga, generalmente se queda preso, y si logra desasirse, deja en ellas casi todas las plumas y cae por la imposibilidad de volar. Aunque en la pajarera se amansa bastante, no es absolutamente insensible á la pérdida de su libertad; y lo prueba el que durante los dos ó tres primeros meses solo prorrumpe en su grito ordinario que repite con frecuencia é inquietud cuando ve que alguno se acerca á la jaula, pues, al parecer necesita todo ese tiempo para recobrar su canto y acostumbrarse á la esclavitud por mas dulce



que sea. Casi tiene la misma talla y costumbres que el verderon de Francia, de modo que puede creerse verdaderamente que cuando estos pájaros sean mejor conocidos, podrá referirseles á la misma especie.

Se alimenta como los granívoros, y según Olin, vive cerca de seis años, lo que debe entenderse en estado de domesticidad, pues sería difícil establecer un cálculo justo acerca de la probabilidad de la vida de los pájaros que gozan del aire y de libertad.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8